

LA REVISTA DE MONTREAL



Legum sérví estote, ut liberi esse possitis.

NUM. 25.) MONTEVIDEO, NOVIEMBRE 12 DE 1834.

EXTERIOR.

NOTICIAS

SOBRE EL HIJO DE NAPOLEON, DUQUE DE REISCHSTADT TRADUCIDO

DE LA REVISTA FRANCESA DE NUEVA YORK.

Por mucho que se diga desde temprano se empeño María Luisa en hacer conocer á su hijo su elevado origen, nunca se le calló, y se lo recordaba con vehemencia especialmente en aquella edad en que la gloria y el poder son tan seductores á los ojos de un joven. Este hecho es hoy evidente. Despues de la muerte del príncipe ha escrito un noble amigo suyo, que si en razon de su primitiva constitucion muy débil, y de su fuerza de sentimiento, no se le hubiera hecho esta declaracion hasta los 15 años, él habria podido vivir. Esto si que fuera, añade, el testimonio de un amor ilustrado. Se enviaron fielmente al duque de parte del emperador los artículos de los papeles públicos de Francia que decían ignoraba él su nacimiento. Se advirtió que al leerlos se oscurecía su frente; pero se abstuvo de todo comentario sobre el particular. Del estudio de los elementos de las lenguas, pasó el duque al de las matemáticas. La sagacidad descubrió en breve el espíritu y aplicaciones de estas ciencias: era interesante oírle hablar sobre estas materias. Pero desde sus primeros pasos en la carrera de los estudios mayores, le ostigaban á veces accesos de indolencia que no alcanzaba á esplicarse á sí propio, y esa flajedad fácil á los que abrigan una alma ardiente en una constitucion enfermiza, otras veces porque el mal hubiese sucumbido á una naturaleza juvenil, ora que el calor de sus ideas le impidiese considerar su estado, trabajaba con la mas ardiente aplicacion y la mayor claridad de ideas. En estos momentos su perspicacia pasmaba á sus preceptores. A los 15 años habia adquirido las nociones á que damos el nombre de estudios clásicos. Quizá su instruccion en el idioma latino era mayor que la que hubiera logrado en las Tullerías, á la vista de su ínclito padre. La lengua latina se ha considerado siempre en Viena como la ciencia de las lenguas, porque allí todos los documentos públicos se escriben en latin, en latin se

discute ante los tribunales, y en las escuelas; el latin es el idioma de las dietas húngaras, en cuyo seno alienta todavia el postrer soplo de la elocuencia, de las bellas pasiones, y de las ideas de la antigua Polonia. El duque de Reischstadt aprendió varios idiomas vivos. Hablaba el alemán y el Francés como se habla entre las gentes de tono de ambos paises. Estaba tan familiarizado con la lengua polaca como con la francesa, y usaba de ella con singular placer. Los Polacos que estén instruidos del estado de los negocios de Europa antes de la revolucion de Julio, saben que en Varsovia se acuñaron "en 1829 moneditas con la efigie del duque, y el siguiente exergo: "Napoleon—Francisco—Carlos—José, rey de Polonia.—" No previendo el Gabinete de Viena el acontecimiento de nuestras tres jornadas, fundaba en esto las esperanzas de un avenimiento político, de una solucion sobre la posicion del príncipe, ó maquinaba el que un nombre abortase un poder, y el convertir un fragmento de la espada de Bonaparte en un freno para la Rusia? Solo el tiempo derramará luz sobre este punto. A los 16 años, el príncipe estudió derecho público y privado. En este tiempo, se le veía diariamente en Viena, y en invierno asistía con frecuencia á los recibimientos de la tarde en la corte. En verano, gustaba de las risueñas alamedas del Prater, y el mismo dirigia su birlocho, mientras que los Vieneses paseaban por allí mismo en sus coches, ostentando lujosos trenes. Era excelente jinete, y se solazaba en este ejercicio aunque le ocasionaba cansancio: las calles de árboles del Prater que hacen gala de un lozano verdor, y las pintorescas orillas del Danubio eran el parage de sus correrías de á caballo. Era el duque naturalmente muy agil, y á los 10 años sabia ya manejar un caballo. A los 14 tomó leccion de equitacion en compañía de su joven camarada de infancia, el archiduque Francisco, que le cerró los ojos. Ambos llegaron á ser los dos mas airosos y atrevidos ginetes de Viena. Estos jóvenes príncipes se recreaban en pasearse en las revistas al frente de los regimientos, montados en briosos caballos.

En las primeras sociedades de Viena se referia una porcion de dichos agudos y donaires del joven príncipe. En la primera expresion del gozo, el candor embellecía su semblante; mas luego que este primer afecto se desvanecía, su aire era un no sé que

de melancólica gravedad y dolorosa nobleza que traslucia profundas penas internas, y una razon dominada por una afeccion congajosa y habitual. Sus ojos eran azules: la expresion de ellos era la tristeza y el ardor. Su nariz delgada: los rasgos de la fisonomia de sus padres estaban reflejados en la suya. Amaba á los jóvenes archiduques, y su cariño era fielmente correspondido. El viejo emperador se esmeraba en él con paternal ternura, y el joven á la vez le profesaba el afecto y veneracion mas profunda. La vista de los militares atavios arrobaba al duque. A la edad de 7 años vistió uniforme militar, ya fué soldado. Algunos meses despues fué adornado el uniforme con los galones de sargento. Conservó uno de los uniformes de su uso. Pasaba en Schœnbrunn lo mejor de la estacion al lado de una gran parte de su familia. Por un patente datado en 22 de Julio de 1818, decidióse el establecimiento del hijo de Napoleon en la corte imperial. El documento no usa del bello nombre de Napoleon. Esplíandose mas tarde á este respecto el Sr. de Metterach, invocó los derechos de una alta prudencia política: este nombre despertaba recuerdos harto peligrosos. El espresado documento le otorgó el título de Duque de Reichstadt, nombre de una antigua posesion de la casa imperial. Primero se trató de que fuese titulado duque de Modlin, antigua residencia de los Margraves de Austria, pero ello no se efectuó, porque este señorío no puede ya contarse entre los bienes de la familia. El abuelo del joven duque era amante del retiro. A él se abandona enteramente cuando se anuncian sus accesos de gota, ó cuando la gravedad de los negocios exige maduras reflexiones. El duque de Reichstadt tenia entrada franca á este retiro, á donde solo la emperatriz es admitida: aun los hijos del emperador están inhibidos de entrar. Jamas se reusó á las visitas del nieto: se ha advertido con placer que las dos emperatrices á quienes el hijo de Napoleon ha visto subir al trono le han profesado un amor de hermanas y de madres. Un amigo que en Schœnbrunn visitó por la mañana la habitacion del duque que á la sazón paseaba, solo vió en ella un ajuar en que resaltaban la antigüedad y sencillez de los muebles; los mas suntuosos eran las tapicerías; los asterones eran pintados y dorados: todos sus ornamentos traian á la memoria los tiempos de Maria Teresa: su dormitorio era alto y espacioso.

Había una mesa grande llena de mapas sueltos, en los cuales algunas horas antes había hecho el príncipe investigaciones: un montón de notas, y de rayas con lápiz lo indicaba.

Este amigo observó en los estantes de su biblioteca libros llenos de notas manuscritas, y leyó los títulos de *La Historia de Carlos V.* por Robertson; *De la decadencia del imperio romano*, de Gibbon; *De la grandeza y de la decadencia de los Romanos*, por Montesquieu; y *la Historia de Francia*, de Mr Bignon. Los antiguos muebles de esta habitación eran labrados, y muy curiosos; las colgaduras que ornaban las paredes eran fabricadas en la India y la China. Mi amigo vió colgadas produciendo un hermoso resalte entre la tapisería, varias armaduras, y espuelas finas y lucientes. Dominaba el retrato de Napoleón la cama del duque. En él brilla el pincel de Mr. Gerard. En otro sitio, estaba colocado un cuadro, que representaba al primer consul paseándose, en el Prado del castillo de Malmaison: este dibujo célebre es de manos de Isabey. Se apoyaba sobre la chimenea un busto de Francisco II., hecho por Canova. El mismo sujeto me aseguró que todos los objetos que tuvo lugar de observar daban claros vestigios de la vida intelectual que hacía el Príncipe, vida muy activa en aquel entonces: se ocupaba con el mayor afán en trabajos geográficos. Uno de sus preceptores era entonces el capitán Foresti. No obstante hallarse asiduamente empeñado en tan importantes tareas, formar su corazón, era un objeto de solicitud, y predilección. El archiduque Carlos, el protector y amigo del duque de Reichstadt, le llevaba todos los años, el día 5 de mayo, á una Iglesia de Viena, donde se celebraban oficios religiosos en conmemoración de su padre. Era ciertamente patético el dolor del viejo guerrero, y del joven duque. Estos son recuerdos que he recogido. He aquí lo que un joven inglés nos contó: él fué testigo de la escena: él vió que el duque reconcentraba para orar todas sus fuerzas en aquel sentimiento de amor; y pena, que es capaz de inspirarnos la seguridad de que nos oyen aquellos, cuya memoria es regada con nuestras lágrimas. Sus palidas mejillas se encendieron; sus ojos estaban bañados de llanto, y juntas ambas manos en ademán del que está agitado por un sentimiento triste y elevado.

Después de meditar eran trascendentes sus ideas, y rápidas sus concepciones, mas quedaba á veces imperfecta su expresión y desarrollo. En esos momentos de languidez, descuidaba su letra, y no hacía el menor caso de la ortografía. Entonces se apagaba el candido y hermoso brillo de esa inteligencia que se mostraba agoviada por el peso de la mas viva pena.

Empero lográndose sustraerle á las mortificaciones de su espíritu, y de su cuerpo, volvía fácilmente á la tarea, y ayudaba el hilo de sus ideas con mucha claridad, alboreando de nuevo el mágico embeleso de su fuego y de su elocuencia. Después de estos momentáneos eclipses, se recobraba, de cuando en cuando con una energía nociva á su salud, y aun á su vida. En 1822, se ocupaba con notable ventaja de traducir textos alemanes al latín. Estos ensayos han quedado en manos de sus amigos; y ellos manifiestan mucha facilidad, y un estudio sólido. En Viena se muestran varias de estas producciones: están firmadas *Franciscus*. Daba el duque la preferencia á los estudios históricos. En 1825 el Barón de Obenaus, sábio del imperio le enseñó la historia de la monarquía Austriaca; en seguida, por consejo del Emperador, se contrajo á la de la Europa y de la Francia. Todo se le contaba franca y fielmente, y aprendió en las mejores obras de este género.

Désele la instrucción que necesita un oficial general, un hombre de estado; pero no cansen su índole ardiente y buena, decía el Emperador. A estos conocimientos se agregaron los que forman el fondo de la política actual y de la estadística: tuvo que estudiarlos en grandes vistas. Después se puso

á trabajar mapas, mas bien para instruirse en los principios históricos que en los del cálculo. No gustaba de los cálculos sino para apoyar sus raciocinios, ó sus conjeturas. Tampoco era afecto á las bellas artes, y á este respecto únicamente se ocupó del trazo de líneas. Por los años de 1828 construyó una carta topográfica de la Austria que regaló al Emperador. Nadie le ayudó para hacerla. Al mismo tiempo se contraía con empeño á las operaciones trigonométricas. M. de Prokesch le conoció en Styria en la primavera de 1830. Uno y otro trabaron íntima amistad. Encontró en él un estenso conocimiento de la Europa, de las relaciones, é intereses de los Estados, una disposición invariable á enardecerse en favor de cuanto es elevado, y el menosprecio de las frivolidades. En una memoria interesante, impresa en Praga para algunos amigos, y muy corto, añade: "He observado constantemente estas calidades en él hasta que descendió al sepulcro. El mérito de la armonía y de una sabia elegancia en el estilo no existía en el hijo de Napoleón; no poseía la sensibilidad orgánica que nos lo hace gustar. Así se explica, como después del estudio de las ciencias, Labruyère haya sido el escritor que mas le haya interesado conocer el hombre he ahí el objeto de la vida," decía. Juzgaba de las cosas con rara sagacidad. Últimamente llegaba á ser capiloso. El ha analizado de un modo muy notable el trabajo incompleto de Schiller sobre la guerra de 30 años; después ha leído á Smith, Muller &c. Mas que á ningún capitán, admiraba á Anibal: quizá su preferencia dependía de la semejanza entre el fruto que recogió de sus hazañas, y el de los portentosos triunfos de su padre. Su maestro de Italiano fué el abate Pinna, sábio Piamontes. El joven duque tradujo al alemán *La Jerusalem Libertada*, y al Italiano las *Vidas de Montecuculi*, de Schwarzenberg, la *oracion fúnebre* de Washington, por M. de Fontanes &c. Admiraba ese último pasaje, que Laharpe ha llamado un diseño de Rafael. Se vé que trabajaba mucho, aunque al parecer no tenía algunas veces la fuerza necesaria para los estudios serios.

Las personas que le rodeaban han visto que ha leído, y releído 4 años sin cesar las *memorias dadas por Napoleón* y el *diario* de las Casas y O'Meara, obras en que arroja el Emperador por su conversacion esas ideas grandes que le dieron el imperio de la Francia, y que él creyó subsistirán por mucho tiempo. El duque de Reichstadt, se hizo de muchas amistades, una de las que le fueron siempre mas gratas es la del caballero teniente coronel Prokesch de Osten, de quien poco antes hablé. Lo volvió á ver en Gratz, (Styria,) viajando á la sazón la imperial familia. Todavía es joven aquel oficial; pero de una vasta ilustracion: ha viajado mucho. En la mesa del emperador tornaron á verse. La interesante conversacion, y los conocimientos del coronel excitaron la curiosidad del príncipe; verdad es que la adhesión que el coronel le inspiraba, era tambien debida á una circunstancia especial. M. de Prokesch habia publicado algunos años antes una memoria en que asegura, con hechos y raciocinios, que la batalla de Waterloo es una de las mas bellas concepciones militares de Napoleón. En nombre de la ciencia, y del genio habia protestado mil veces contra el imperio de las circunstancias, y la grita de la multitud! Varias veces la leyó el príncipe; y la tradujo y comentó en frances é italiano. Ella era un título á la estima del duque; y tal fué su agradecimiento, que inmediatamente ofreció á este bisarro militar sus mas expresivas oficiosidades. Cuando llegaban á Viena noticias importantes de Paris, corría á meditarlas en el solitario silencio de sus viviendas de Schanbrunn, en frente de la efigie de su padre: y allí, á la manera que un general pasa revista á sus legiones, así el enumeraba los partidarios que tuviese en Francia, las banderas que su presencia de un golpe reuniría, los generales decididos á lanzarse á la defensa de su causa; volviendo nuevamente á

Viena, agitado todavia, para comunicar al emperador sus sentimientos y sus ideas. El agosto anciano le tranquilizaba. "Solo por el llamamiento nacional queria volver á su Patria, y hubiera entrado solo llamando á sí á un mariscal Clauzel, á un baron Sourd." Muchos de sus parientes jóvenes le estimulaban á pensar así. Lleno de estas ideas habló á los que se le acercaron en los últimos momentos, y principalmente á antiguos militares de su padre. Su mas íntimo amigo escribió que "estaba convencido que mas ó menos tarde cuando ménos se pensase, hubiera huído de la Austria para Francia, pero únicamente cuando su razón le hubiera aconsejado este partido; frecuentemente discutí sobre esto en su presencia. Cuando su imaginacion abultaba las dificultades, él preocupado con ellas decía á algun oficial que partiera para Francia. Si Vd. ve la columna, déle memorias de mi parte. Si sabia que habia resonado su nombre en alguna parte de Francia, volvía de nuevo á la esperanza. No obstante su acostumbrada discrecion, dió á entender la confianza en que su elevacion obtendria el apoyo de la Europa." Juzgaba de esta eventualidad inmensa con una calma bien superior á su edad, y con el sentimiento de su fuerza. Efectivamente pudieron dar pábulo á estas esperanzas sus capacidades, por que á la edad de 19 años ellas causaban algunas veces sorpresa.

Era ciertamente de notar la precision de sus voces de mando en las revistas. Un archiduque dijo de él en tal ocasion: "A fé mia nuestro primo es un militar consumado: su regimiento es el primero del ejército; y si mandara un ejército seria el primero del mundo.

Era el duque de Reichstadt dócil y vivo; tenia momentos de jovial alegría; pero la política, como se ha dicho, era parte á poner derepente sombrío y torbo su semblante. En la corte su conversacion era ligera, animada, y dulce en el movimiento de un gran círculo era inclinado á estender y generalizar un asunto. Después de reflexionar lo bastante, su juicio era lucido, exacto, delicado, entraba bien en el fondo de una idea, sacando siempre de ella nueva luz; pero su primera investigacion, ó acto intelectual habia sido demasiado lento. Estaba dotado eminentemente de la facultad que los Alemanes llaman *clavar bien el clavó*. Todo lo oia con el mayor cuidado, y en el palacio imperial se le trataba con la solicitud mas distinguida. Nada importante se hablaba de que no pudiera instruirse; y los primeros hombres del imperio le manifestaban toda benevolencia. Sus maestros observaban que mantenía todo exactamente en la memoria. Merced á esta primera y positiva direccion, su inteligencia se ha mostrado enemiga de cuanto es vago. Leia con placer las poesias de Ossian, solo por la decision de su padre en favor de este poeta. No era amante á los versos; y Homero en prosa le hubiera parecido mejor. Mas ¿por qué se acaloraba al leer el *Wallenstein* de *Lhiller*? por el espíritu guerrero que resplandece en toda su obra. El reducía á estos terminos el objeto de sus estudios: extraer de las ciencias lo que tienen de útil para los hombres; descubrir en cada hombre el objeto que puede tratar; arreglar las acciones á la moral; porque ella es cosa verdadera, y no por el temor de las leyes. Yo copio sus ideas; ellas eran como hemos visto superiores á su edad. Un austriaco ilustre, dijo: "A lo menos juzguemos de él, lo que se habria juzgado de Alejandro de Macedonia, si hubiese muerto de 20 años. Muy pocas veces dedicaba el príncipe toda la noche á descansar. Sus paseos á caballo y las revistas eran las que mas al parecer le fatigaban, y estendian sobre su rostro esas colores lívidas, esas leves, pero infinitas arrugas, que anunciaban su proximo fin. Pero en pocos momentos de salud, recobraba la gallardia de su forma. Sus facciones expresaban con dolor á menudo esa aficion al retiro, y todos los sentimientos de una reflexión grave y solitaria, y de una organizacion desfalleciente por el afecto de una actividad estéril. Mas siempre era atendido con la mas

delicada y oficiosa diligencia. Una tarde le pidieron que leyese en medio de toda la corte, la meditacion de Mr. de Lamartine, que encierra estos versos.—

..... Ten, ten valor
Renuevo sacro de divina estirpe:
De tu alto origen la celeste imágen
Sobre tu frente en magestad resalta;
¿Y quien al ver tus ojos, no ve en ellos
Del claro Cielo un eclipsado rayo?

Y al leer el anterior pasaje fué repentinamente interrumpido por vivos y estrepitosos palmoteos.

La fragilidad de la constitucion, y las intimas congojas del Duque, que se desarrollaron á un golpe de resultas de su rápido crecimiento, atacaron su vida en sus fuentes mismas. Cayó enfermo, no obstante los cuidados de su médico el Dr. Malfatti, facultativo hábil, y que lo estimaba sobremanera. Por este tiempo cesó el Duque en su servicio militar. El lo sintió porque el Emperador le habia nombrado recientemente segundo coronel del Regimiento, en que habia empezado su carrera. El médico recetó el agradable viage á Nápoles. Se convenció en ello, aunque con disgusto; pero el enfermo estaba ya tan destruido, que dificilmente le hubiera aprovechado. Cuando algunas semanas despues, se puso en pié, aunque siempre muy débil, renunció enteramente al enunciado viage. Durante está falaz convalecencia, á despecho de todos los empeños de los suyos, quiso volver á andar á caballo por el Prater, como antes lo hacia. Al fin de unos de estos paseos, se resfrió á causa de un viento fuerte y húmedo que impelia con violencia el raudal del Danubio. Esto fué lo bastante para posarlo en cama. Le atacó una fluccion de pecho, acompañada de los mas grandes síntomas; empero el arte, celoso de conservar en él el fuego de la vida, logró por algun tiempo enfrenar los progresos de la enfermedad: sin embargo; se dejó conocer esta vez como mortal. De resultas de su primer ataque, quedó sordo del oído izquierdo. Su médico llamó para que lo ayudase á tres de sus mas hábiles cólegas. El paciente empeoraba; muy pronto acabó toda esperanza: todo desfallecia en él, sin que al parecer se doliera de que se le escapaba la vida. Solo de cuando en cuando al acercarse la catástrofe, y despues de la crisis, se le ocurría preguntar: "si los socorros del arte eran insuficientes." "En mi edad, añadía, la vida tiene recursos." Hallando la respuesta en el abatimiento pintado sobre todos los semblantes, sonríe amargamente y alza y clava los ojos en el retrato de su padre. A juzgar por la singular alteracion de su fisonomía, él despues únicamente de pensar bien, hacia estas preguntas á las personas que le rodeaban. Cuando conoció á no dudarlo que el mal era de muerte, pidió que viniese su madre. En consecuencia la escribieron, pidiéndola tambien á nombre de su hijo una cuna de plata sobredorada que habia visto en Parma, y que Paris le habia presentado el dia en que nació. Este deseo le atormentaba hasta que fué satisfecho. Llega la cuna: su madre era la conductora. Al verla, admiró el primor del trabajo y su rico adorno con aquel santo y dulce entusiasmo de los moribundos. La viveza de sus miradas revelaba la interna conmocion. Hizo colocar la cuna, unida al lecho, y despues de tocarla, dirigiendo la voz á su asistente, dice con la mas bella resignacion: "nadie muere al lado de su cuna; pero ponga V. aquí la mia, aquí junto á mi cama. Esa cuna, y el lecho en que sufro son las estrechidades de mi vida. Entre este lecho que muy pronto será mi tumba, y esta linda cuna no hay otra cosa que mis 21 años, mi nombre y mis desventuras; nada mas hay que mi nombre: los franceses no sabrán mis penas, otra vez dijo: "dejad aquí mi cuna, para que esté al lado de mi tumba." Sus ojos rebosaban de lágrimas: en ese mismo dia el rayo destruyó una de las aguilas imperiales que se enseñoreaban sobre el alcazar de Schanbrunn. Este incidente causó singular sensacion en algunos. El arribo de la duquesa de Parma

dió lugar á una escena sobremanera lastimosa en la estancia del agonizante; abrazáronse madre é hijo con emocion convulsiva; largo rato resonaron los mutuos sollozos. Esta madre que habia corrido de la Italia, solo estrechaba entre sus brazos un cadáver enjuto, amarillo, y este cadáver era en otro tiempo el mas gentil y rozagante de los jóvenes. A Maria Luisa poco le faltó para perder la vida. ¡Que golpe tan terrible fulminaba contra ella esta muerte que rompía para siempre los lazos que la ataban al hermoso carro de lo pasado; y que le arrebatava un ser tan ilustre, objeto de tantas esperanzas. La princesa Carlota mandó conducir á su primo á la capilla de palacio: ámbos comulgaron, estando presentes algunos de sus deudos, y amigos. Se practicó este oficio religioso por la salud del joven duque. Asistió la archiduquesa teniendo en sus brazos á su hijo tierno. Las oraciones fueron á la verdad muy tocantes; todos lloraron. El paciente, blanco de tantos dolores, aquel joven circundado de gloria, y dotado de las mas raras prendas, estaba convertido en un lívido espectro. Por el contrario, la princesa estaba en la flor de la belleza, y de las mas amables gracias; todo iba á acabar para él; ella iba por segunda vez á ser madre. ¡Qué espectáculo tan acerbo no seria ver las descarnadas manos del moribundo huérfano, bendiciendo un feliz renuevo de la ilustre familia de Hapsburgo! Tambien se asegura que nunca fué mayor su semejanza con Napoleon como en la última enfermedad, y principalmente en aquel momento. Todavía Viena manifestaba un afectuoso interes por la vida del príncipe: y una prueba de ello es la numerosa multitud que se agolpaba á las puertas del palacio á preguntar por su salud. Grandes fueron los últimos sufrimientos del duque; ya únicamente conservaba un soplo de vida; y este será el de una razon elevada y tranquila. En los últimos dias sus amigos lo transportaban á las vistosas galerías de los invernáculos. Cuando el tiempo estaba en calma, que una lozana vegetacion perfumaba el aire, le sentaban en el valcon mas salido de su estancia, con vista á los jardines. Pero su destrozado pecho alentaba con mucha dificultad; y entonces discurría sobre su fin cercano con una serenidad verdaderamente admirable. Pero el dia 21 de Julio vispera de aquel en que todo acabó, con mal reprimida pena—dijo á los médicos: "estoy vencido": "¿Cuándo acabará esto?" Viendo ya el Dr. Malfatti, que el momento fatal se acercaba, no se separó de su lado. A la noche, quedó el enfermo al parecer en una especie de letargo. A las 3 de la mañana, derepente se incorpora, diciendo: "Me muero me muero!" Su ayuda de cámara, y un oficial de su servicio corrieron á él; y lo sostuvieron. El hijo de Napoleon murmuraba "madre, madre!

Tales fueron sus postreras palabras. El archiduque Francisco, y Maria Luisa volaron al lecho de la muerte, y callaron sobre él. Y sin hablar Francisco, sus apagados ojos procuraron dar un adiós. La infeliz madre estaba sin sentido. El prelado mostró el cielo al duque; este, en respuesta, levantó los ojos, y despues se cerraron para siempre. Su muerte aconteció el 22 de Julio de 1832; á las 5 y 8 minutos de la mañana. El príncipe murió en el mismo cuarto en que durmió su padre, cuando despues de Wagram, dictó las condiciones de la paz. El emperador Francisco I.º, la Emperatriz, y toda su familia, toda la corte, la ciudad de Viena y el imperio lloraron al saber esta muerte prematura. El emperador se aflijó mucho, fué menester que el oficial al servicio de difunto le eefriese el suceso con todos sus portadores. La joven Emperatriz compartía con una viva serenidad su profunda pesadumbre.

Acababa el príncipe de expirar, cuando uno de nuestros amigos, M. Meunier joven médico frances, pasó por la casa real de Schenbrunn, á tiempo que las puertas se abrian, y fué el primero que oyó de boca de un militar, la infausta nueva. (*Diario de la Tarde.*)

LA REVISTA.

MONTEVIDEO MIERCOLES 12 DE NOVIEMBRE

Por no interrumpir las reflexiones del Sr. Editor del Universal sobre el decreto facilitando la elaboracion del pan, hemos diferido hasta hoy la contestacion á que nos han provocado sus gratuitas é infundadas inferencias. Como ha descendido á muchas esplicaciones, extendiéndose latamente en sus comentarios, nos vemos en la precision de examinar del mismo modo los varios puntos que ha tocado para demostrar la inexactitud de los principios y la falsa aplicacion de las doctrinas economicas que ha invocado. Verdad es que el público ha sido sorprendido con los sofismas de que se ha hecho uso, tanto que probablemente mirará con prevenicion la providencia de esta referencia: pero esta ventaja que ya se tiene sobre nosotros, no acredita absolutamente la solidez de los fundamentos aducidos, ni la justicia de la causa patrocinada. Para juzgar con acierto importa meditar las razones en pro y en contra. Adelantar el fallo sin haber oido mas que á una de las partes, no es justo, ni equitativo, puesto que puede ser tachado de impremeditado ó de parcial. Interpelamos, pues, á nuestros lectores para que no den anticipadamente á los escritos de que vamos á ocuparnos mas importancia de la que merecen, hasta que no sean discutidos suficientemente los varios extremos que abrazan. Conviene igualmente no perder de vista, que sea cual fuere el patriotismo de los escritores públicos, no siempre están animados de la imparcialidad apetecible, y que sus criticas por mas justas y fundadas que se supongan, suelen resentirse de errores, ó al menos ser estrañadas por resentimientos particulares, ó por un ciego espíritu de partido. Con estos antecedentes y contando con la indulgencia é ilustracion del público de Montevideo, vamos á emprender la tarea de justificar la medida dictada por la autoridad, esforzándonos á embotar los tiros que le han sido asettados, y á desvanecer los asertos espociosos que se han hecho valer. Pero antes de entrar en materia esperamos de nuestro coescriptor la misma deferencia que le hemos dispensado para que no nos interrumpa antes de haber concluido nuestras observaciones.

El Editor del Universal al terminar la impugnacion de la providencia que nos ocupa, debia haber sugerido las modificaciones ó las bases que creia mas eficaces, para que el Gobierno deferente á ellas retrocediese de un paso que compromete hasta cierto punto (en su concepto) el crédito que merece su

ilustracion, y cuyos efectos son evidentemente contrarios al bien general, que sin duda se ha propuesto en tal medida: Asi es que por esta omision tal vez involuntaria, lo único que ha adelantado el bien general es un largo artículo, apuntando los precipicios á que lo conducirá el paso que ha dado el Gobierno, facilitando la libre elaboracion del pan. Semejante esterilidad de arbitrios nos deja en el mismo dilema. El decreto impugnado es malo ó es bueno: es malo, porque así lo piensa el Editor del *Universal*; y es bueno, porque no ha querido favorecer al bien general con otro proyecto mejor.

Para que tal impugnación fuese justa nuestro coescritor despues de haber hecho sentir con ejemplos practicos los males que amenazaban al país con la disminucion de un impuesto y con la abolicion de toda clase de restricciones contrarias á la libertad, debería haber completado este trabajo con algún medio que conciliase estos extremos con las urgencias del erario, y con la inviolabilidad de los pactos existentes: pero gritar contra una medida sin proponer otra mejor, ofrecer razones en su critica, y aducir en seguida paralogismos para desacreditarla, es un proceder que no justifica á nadie, y mucho menos á un escritor que se supone organo de la opinion pública. (Continuará.)

VARIEDADES.

ENCUENTRO MARITIMO.

La marina es quizá la única profesion en que los individuos que la siguen, continúan amándose. Dos capitanes de navio, amigos intimos armaban sus buques en el mismo puerto para viajes distintos, y tenían como marinos la ventaja harto negativa de ser casados, y la ventaja aun mas incuestionable de no ser padres. Uno de ellos para libertarse del tedio que experimentaba despues de haber empleado el día en los preparativos de su equipo, llamó á su cara mitad, de que habia estado separado cerca de un año. La felicidad que los dos esposos parecieron experimentar al volverse á ver, no tardó en inspirar al otro capitán el deseo de hacerse feliz por el mismo medio que su colega, y mandó llamar á su esposa. Decimos que la mandó venir, no para justificar este hábito de mandar que tienen los capitanes, sino para referir fielmente los detalles de esta narracion.

Las dos esposas, se encontraron con sus emociones su júbilo, y su ventura; y se vieron intimas, pero sin amarse igualmente dichosas.

Algunos moralistas que deben respetarse mucho, pero no creerse, dicen que esta intimidad es exclusiva á las mugeres. Si éstos autores fuesen menos impertinentes, los citaríamos para liber-

tarnos de tal cargo de conciencia.

Sin embargo, todo esto era muy distinto entre nuestros dos marinos. Cada uno empezó por amar á su esposa, pero los marinos son tan afectuosos cuando permanecen poco tiempo en tierra, que muy pronto los nuestros transportaron una parte del afecto que se profesaban, á cada una de su mitad respectiva. He aquí un noble error de sentimiento, una ropaveja de ternura si se quiere, y nada mas.

Llegóse demasiado pronto al fin del capítulo respetabilísimo de las costumbres conyugales. Uno de los capitanes que zarpó mes y medio antes que su colega, tuvo la torpeza de llevarse equivocadamente á bordo de su navio á la muger que no era la suya, dejando á su amigo por única compensacion, la muger que habria podido legítimamente llevarse. Las inexactitudes de este género han ocasionado con frecuencia la desgracia de los marinos que no ponen bastante atencion en los pequeños detalles de sus negocios domésticos.

El capitán, que habia quedado solo con la esposa de nuestro aturdido, creyó que lo mejor que podria hacer era reemplazar el bien que acababa de perder por el que le habia quedado á la mano, y no falta quien asegure que sobrellevó su suerte con una filosofía que edificó á todos los esposos del país.

Aparejó tambien su buque, y al embarcarse este excelente hombre, impulsado por un laudable escrupulo, ó quizá por un secreto deseo de venganza creyó igualmente poder llevarse la esposa de un amigo. Partió, pues, para Nueva York convencido de que en mucho tiempo no volveria á ver á su colega y esposa, puesto que iban con destino á Charleston.

Habia como un mes que el bergantín *Helena*, que habia quedado en el puerto, se hallaba en alta mar, cuando encontró bastante lejos de las costas de los Estados Unidos á un buque que venia de bordo encontrado. Al aproximarse, cada uno de los capitanes creyó reconocer el buque que tenia á la vista, á medida que se disminuía la distancia, hasta que el capitán del *Helena*, conociendo al navio, exclamó transportado de alegría: es el *Paris*, sí, es él!... Timonero, orsa un poco! Quiéromo hablarle... Ea muchachos, preparaos á la maniobra... Grumete, vé á traerme la bocina...

En junto caramados los dos capitanes sobre la cúpula de la cámara se preparan á hablarse. En los dos navios immobiles reina el mas completo silencio. El capitán del *Elena* mas impaciente que él del *Paris*, entabla primero la conversacion; y ambas tripulaciones recostadas en los filaretos escuchan con una atencion casi religio-

sa el coloquio que van á empezar sus gefes.

Oh! si supiese el lector cuan imponente es en medio de la soledad de los mares, la bronca é imperiosa voz de un capitán, sobresaliendo sobre el ruido de las olas y de la brisa, y resonando á lo lejos con una bocina sonora!

¿Como está el capitán del *Paris*.

Muy bueno, y tu, amigo mio?

Sin novedad. Cuantos días traes de navegacion?

Quince días... siempre con viento contrario y bordeando desde Charleston.

A proposito: ¿tienes siempre á bordo á mi muger?

Sí: siempre; Aquí está, mírala! No ha estado mareada un solo instante.

Yo tambien tengo la tuya a bordo. Quiso embarcarse, creyendo encontrarte mas pronto?

Ah!... Y como está la pobre muchacha!

Allí está entre la verga y las badazas! Algo fatigada con el mal tiempo. He tenido algunos contrastes en el buque que ha hecho agua con dos golpes de mar que experimenté en el golfo.

Del norte sin duda. Ah! pero dime quieres recuperar á tu esposa? El tiempo es hermoso, la mar está en calma...

Sí; lo deseo, pero se me ha echado á perder la chalupa de un golpe de mar, y hace agua como un cesto. Que?

Mi chalupa! Que venga mi muger en tu bote, y yo te enviaré la tuya en él. Cuando estemos en tierra arreglarémos el flete.

El flete? Que! Entré amigos todo está pago... Espera, voy á conducir mi portamanteo... Dile á esa muchacha que haga á la ligera sus lios, para no perder tiempo.

Sí, sí: envíame inmediatamente á la mia: ya está hecho el lio... Y el bote del *Paris* despues de esta negociacion fué con la preciosa carga que esperaba el capitán del *Helena*. Abrazaronse del modo que sucede en semejantes casos. Corrieron y se confundieron algunas lagrimas; pero nada mas insignificante que esto en medio del Océano! Finalmente fué menester separarse y lo verificaron.

Hasta la vista ¡Adios amigo! exclamaron los dos capitanes al separarse; y los dos buques impelidos por la brisa se alejaron, y pronto se perdieron en las extremidades opuestas del horizonte, quizá para no volverse á encontrar jamas!

CABRA.

Se desea comprar una cabra lechera y propia para estar á bordo. Quien tuviera una con estas aptitudes puede ocurrir á esta imprenta en donde darán razon.